

Después del huerto

Beatriz Espejo

“En verdad les digo que uno de ustedes me traicionará”, anunció el maestro, congregado con sus fieles discípulos. ¿Sabrían ellos que una simple frase, con un verbo conjugado en el tiempo futuro, significaba el comienzo de una nueva era en el devenir de la humanidad? La autora de Alta costura teje una breve fábula en torno a la noche de Jesús en el Jardín de Getsemaní.

Para Ignacio Solares

Era el jueves 13 Nisán. En esos días primaverales de abril comenzaba por la tarde la fiesta de Pascua cuando se comía cordero en reuniones más solemnes que las subsiguientes donde se repartían los ázimos. Aquella vez el grupo, sin saberlo acaso, se llenó de suave misticismo y cada uno de los presentes sacó a relucir sus más tiernos recuerdos. El alma serena y fuerte del maestro se aligeraba del peso que traían consigo sus certidumbres próximas. Tuvo una palabra amable para los comensales y especiales muestras de afecto destinadas a Juan que tendido en un diván reposaba la cabeza sobre su pecho. A Pedro lo observó con una tenue sonrisa que apenas fue comprendida; pero al finalizar la cena el secreto de la callada tristeza estuvo a punto de brotar.

—En verdad les digo que uno de ustedes me traicionará —dijo el maestro.

Se provocaron reacciones inmediatas. Ninguno dejó de conturbarse. Se movieron en sus asientos, alzaron los brazos, comentaron entre sí, demostraron su inquietud. Aquellos hombres sencillos se observaban unos a otros escrutando miradas, queriendo descubrir al culpable. Pero Judas, el infiel, no perdió aplomo. Se atrevió a preguntar:

—¿Seré yo, rabí?

No hubo respuesta. Jesús mojó en cambió un pedazo de pan en la salsa y se lo extendió, quizá con un gesto le ordenó salir con disimulo porque los demás siguieron juntos sin mayores alardes ni situaciones extraordinarias.

Luego se dejó sentir una inexplicable melancolía. Lo que más recordamos de una persona querida son sus últimas acciones dándoles un sentido que sólo la muerte convoca. Hablaron del lavatorio de los pies en señal de humildad, trajeron a la conversación recomendaciones morales, las enseñanzas de caridad y amor mutuo que habían aprendido; sin embargo, adivinaban una grave y peligrosa amenaza. Cuando el banquete terminó juraron entre sí que no flaquearían y flaquearon.

Al amanecer Jesús atravesó el Valle del Cedrón acompañado de sus discípulos y fue al jardín de Getsemaní cercano al Monte de los Olivos. Allí veló y oró. De pronto, un grupo armado apoyado por un destacamento militar con antorchas y garrotes rasgó la tranquilidad y la oscuridad nocturnas. El antiguo tesorero del grupo venía con ellos y conociendo las costumbres respetadas con regularidad señaló el momento propicio para la aprehensión. De creer lo que se cuenta, dio un beso en la mejilla para identificar a quien buscaban. Hubo conatos de resistencia pero Jesús los contuvo y se entregó vo-

luntariamente acusado de sedición, delito condenado en el Talmud. Alegaron que se había hecho llamar Rey de los Judíos y con ello pretendían acumular cargos. Era el mejor pretexto para la animadversión ante la autoridad extranjera. Aunque su muerte encontró pretexto por motivos religiosos, sus adversarios consiguieron llevarlo al pretorio como reo político, por eso en lugar de lapidarlo, según la ley mosaica, lo crucificaron. Estaban en el año 33 de nuestra era. Se sabe la fecha porque en 36 tanto Poncio Pilatos, que se lavó las manos, como Caifás, el enemigo implacable, habían perdido las funciones que les permitieron tomar parte decisiva en los acontecimientos.

En cuanto a Judas de Keriot, su suerte posterior aventuró muchas leyendas. Unos aseguran que arrepentido se colgó de un árbol; otros afirman que con el precio de su perfidia compró una propiedad en los alrededores de Jerusalén, al sur del Monte Sión, llamado con el tiempo tierras de sangre, luego de que un resbalón estrepitoso le reventó el vientre y sus entrañas quedaron esparcidas. Lo más probable es que, retirado en Hekeldama, llevara una vida apacible de *pater familias* y que, motivado por un oscuro remordimiento, pusiera una tranca cada vez que llamaran a su puerta. **U**



Tintoretto, *El lavatorio*, 1547



Caravaggio, *El prendimiento de Cristo*, 1602